

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	7
"Alégrate, porque Dios está contigo, está con nosotros"	9
María, mujer obediente.....	17
"María me sostiene como Papa en mi servicio diario a la Iglesia"	21
"Sólo la apertura al misterio de Dios puede colmar la sed de verdad y felicidad de nuestro corazón"	27
La Virgen es Madre que pide ante Cristo por cada uno de nosotros	29
Acudamos con alegría a la Virgen incluso cuando afrontamos dificultades y peligros	37
"Sí, Dios quedó prendado de la humildad de María"	43
María, constructora de la paz.....	47
"La Virgen, en el Calvario, sella el «sí» pronunciado en Nazaret"	51
"Que María nos obtenga el don de saber amar como Ella supo amar"	55
"Dios nos conoce y ama a cada uno desde la eternidad"	59
"La Virgen superó toda vacilación"	63

"Para convertirse en pescadores con Cristo es necesario antes ser pescados por Él"	65
María es puerto, refugio y protección para el cristiano.....	75
La Virgen vela por nosotros.....	83
"La Virgen María puede cambiar nuestras vidas"	87
"El amor maternal de la Virgen María desarma cualquier orgullo"	95
"En la sonrisa de la Virgen se refleja nuestra dignidad de hijos de Dios"	99
"El rosario, oración contemplativa"	109
Apóstoles del Rosario	117
La Virgen nos da la esperanza que necesitamos.....	123
La Virgen, puerta del cielo.....	129
La inmaculada Concepción: ese nombre misterioso	137
"María nos enseña que Jesús es el único tesoro que tenemos para dar a la humanidad"	141
ALGUNAS ORACIONES DEL PAPA BENEDICTO XVI DIRIGIDAS A LA SANTÍSIMA VIRGEN	145

INTRODUCCIÓN

Este Papa Benedicto XVI ama con ternura a la Virgen María. En cada párrafo de sus escritos se destila una inconfundible fragancia de amor a María, pero en ningún caso es un amor ñoño, meramente poético o fríamente teológico. Es un amor de hombre que ha aprendido a querer a la Virgen como Madre, y se percibe nítidamente que Ella le ha acompañado en su vida personal, en sus buenos y malos momentos.

De la mano de la Virgen, Benedicto XVI nos conduce a Cristo Dios. Habla de Ella como modelo, como intercesora, como Madre, como auxiliadora, y sobre todo como modelo de Cristo, como su hija predilecta, como su Madre amantísima.

Y, sin duda, leyendo a este Papa, se aprende a querer a la Virgen. Tal vez sea esta sencilla máxima, la que defina cada uno de sus escritos. Con una profundidad teológica y pastoral exquisita nos conduce a ese amor cierto del cristiano a su madre la Virgen.

No son textos que hablan de ciertas conmemoraciones litúrgicas sobre fiestas o acontecimientos relacionados con la Virgen María, son –sobre todo– palabras de un hombre enamorado de la Virgen, a la que trata asiduamente, a la que procura imitar en su vida cotidiana y en la que tiene una fe inquebrantable.

Los textos abordan desde el inicio de su pontificado en 2005. Cada discurso del Papa está titulado con unas palabras sacadas del interior del texto y tan solo, con el único fin de facilitar su lectura al lector, hemos recortado parte de los saludos que al inicio de cada discurso realiza el Santo Padre a las autoridades reunidas, y hemos intercalado los párrafos con una pequeña frase que da realce a las palabras del Papa. El resto –es decir, todo– es mérito de Benedicto XVI.

Con palabras del propio Papa Benedicto XVI, cerramos esta breve introducción: “También quiero expresar a María mi gratitud porque me sostiene en mi servicio diario a la Iglesia. Sé que puedo contar con su ayuda en toda situación; más aún, sé que Ella previene con su intuición materna todas las necesidades de sus hijos e interviene eficazmente para sostenerlos: esta es la experiencia del pueblo cristiano desde sus primeros pasos en Jerusalén”.

MARÍA, MUJER OBEDIENTE

San Pedro. Roma

Jueves 2 de febrero de 2006

Queridos hermanos y hermanas: La fiesta de la Presentación del Señor en el templo, cuarenta días después de su nacimiento, pone ante nuestros ojos un momento particular de la vida de la Sagrada Familia: según la ley mosaica, María y José llevan al niño Jesús al templo de Jerusalén para ofrecerlo al Señor (cf. Lc 2, 22). Simeón y Ana, inspirados por Dios, reconocen en aquel Niño al Mesías tan esperado y profetizan sobre él. Estamos ante un misterio, sencillo y a la vez solemne, en el que la santa Iglesia celebra a Cristo, el Consagrado del Padre, primogénito de la nueva humanidad.

La sugestiva procesión con los cirios al inicio de nuestra celebración nos ha hecho revivir la majestuosa entrada, cantada en el salmo responsorial, de Aquel que es "el rey de la gloria", "el Señor, fuerte en la guerra" (Sal 23, 7. 8). Pero, ¿quién es ese Dios fuerte que entra en el templo? Es un niño; es el niño

Jesús, en los brazos de su madre, la Virgen María. La Sagrada Familia cumple lo que prescribía la Ley: la purificación de la madre, la ofrenda del primogénito a Dios y su rescate mediante un sacrificio. En la primera lectura, la liturgia habla del oráculo del profeta Malaquías: "De pronto entrará en el santuario el Señor" (Ml 3, 1). Estas palabras comunican toda la intensidad del deseo que animó la espera del pueblo judío a lo largo de los siglos. Por fin entra en su casa "el mensajero de la alianza" y se somete a la Ley: va a Jerusalén para entrar, en actitud de obediencia, en la casa de Dios.

María es la mujer de la fe probada y del dolor compartido

El significado de este gesto adquiere una perspectiva más amplia en el pasaje de la carta a los Hebreos, proclamado hoy como segunda lectura. Aquí se nos presenta a Cristo, el mediador que une a Dios y al hombre, superando las distancias, eliminando toda división y derribando todo muro de separación. Cristo viene como nuevo "sumo sacerdote compasivo y fiel en lo que a Dios se refiere, y a expiar así los pecados del pueblo" (Hb 2, 17). Así notamos que la mediación con Dios ya no se realiza en la santidad-separación del sacerdocio antiguo, sino en la solidaridad liberadora con los hombres. Siendo todavía niño, comienza a avanzar por el camino de la obediencia, que recorrerá hasta las últimas consecuencias. Lo muestra bien la carta a los Hebreos cuando

dice: "Habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas (...) al que podía salvarle de la muerte, (...) y aun siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia; y llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen" (Hb 5, 7-9).

La primera persona que se asocia a Cristo en el camino de la obediencia, de la fe probada y del dolor compartido, es su madre, María. El texto evangélico nos la muestra en el acto de ofrecer a su Hijo: una ofrenda incondicional que la implica personalmente: María es Madre de Aquel que es "gloria de su pueblo Israel" y "luz para alumbrar a las naciones", pero también "signo de contradicción" (cf. Lc 2, 32. 34). Y a Ella misma la espada del dolor le traspasará su alma inmaculada, mostrando así que su papel en la historia de la salvación no termina en el misterio de la Encarnación, sino que se completa con la amorosa y dolorosa participación en la muerte y resurrección de su Hijo. Al llevar a su Hijo a Jerusalén, la Virgen Madre lo ofrece a Dios como verdadero Cordero que quita el pecado del mundo; lo pone en manos de Simeón y Ana como anuncio de redención; lo presenta a todos como luz para avanzar por el camino seguro de la verdad y del amor.

Las palabras que en este encuentro afloran a los labios del anciano Simeón —"mis ojos han visto a tu Salvador" (Lc 2, 30)—, encuentran eco en el corazón de la profetisa Ana. Estas personas justas y piadosas,

envueltas en la luz de Cristo, pueden contemplar en el niño Jesús "el consuelo de Israel" (Lc 2, 25). Así, su espera se transforma en luz que ilumina la historia.

Simeón es portador de una antigua esperanza, y el Espíritu del Señor habla a su corazón: por eso puede contemplar a Aquel a quien muchos profetas y reyes habían deseado ver, a Cristo, luz que alumbra a las naciones. En aquel Niño reconoce al Salvador, pero intuye en el Espíritu que en torno a él girará el destino de la humanidad, y que deberá sufrir mucho a causa de los que lo rechazarán; proclama su identidad y su misión de Mesías con las palabras que forman uno de los himnos de la Iglesia naciente, del cual brota todo el gozo comunitario y escatológico de la espera salvífica realizada. El entusiasmo es tan grande, que vivir y morir son lo mismo, y la "luz" y la "gloria" se transforman en una revelación universal. Ana es "profetisa", mujer sabia y piadosa, que interpreta el sentido profundo de los acontecimientos históricos y del mensaje de Dios encerrado en ellos. Por eso puede "alabar a Dios" y hablar "del Niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén" (Lc 2, 38). Su larga viudez, dedicada al culto en el templo, su fidelidad a los ayunos semanales y su participación en la espera de todos los que anhelaban el rescate de Israel concluyen en el encuentro con el niño Jesús (...).